



SÖREN KIERKEGAARD

In vino veritas

**Introducción de Jorge del Palacio,  
traducción de Demetrio Gutiérrez Rivero,  
Alianza, Madrid, 2009, ISBN: 978-84-206-  
4948-1 (In vino veritas, 1845)**

**B**ajo el inmenso arco descrito por la historia de la filosofía que abarca, según el célebre título de Karl Löwith, de Hegel a Nietzsche, destacan los nombres propios de los dos filósofos que habrían puesto énfasis en el concepto de existencia frente al de esencia: Karl Marx y Søren Kierkegaard. Al esfuerzo hegeliano por comprender la historia de la filosofía en la filosofía le habría seguido el esfuerzo de asumir que la filosofía debía desempeñar un nuevo papel en la historia futura. Con diversa óptica, Marx y Kierkegaard habrían dado un paso vetado a otros filósofos: el de orientar su trabajo a un fin ajeno al del propio quehacer filosófico. La influencia de este giro radical en el planteamiento filosófico se haría especialmente visible en el siglo XX, cuando el comunismo y el existencialismo ganaron terreno en los debates intelectuales. Toda historia, también la historia de la filosofía, es susceptible de ser leída como una fábula de cuya moraleja seguimos pendientes. La luz del existencialismo, si es posible decirlo así, hizo brillar a Kierkegaard antes de pasar a ser una sombra, pero la obra del filósofo danés sigue siendo hoy en día una fuente de poderosas sugerencias. (Dejemos dicho entre paréntesis, puesto que hemos hablado del existencialismo, que la vuelta a las fuentes de la lectura y la escritura define, por otra parte, el ejerci-

cio de autobiografía filosófica de uno de sus nombres eminentes: Jean-Paul Sartre. Sartre pronunció su conferencia sobre Kierkegaard, 'El universal singular', en el coloquio internacional celebrado por la UNESCO en 1963, *Kierkegaard vivo*.) Como es sabido, Kierkegaard comprendió la vida humana desde el punto de vista de tres estadios progresivos: el estético, el ético y el religioso. La referencia a esos estadios vendría dada por el margen de actuación que correspondería a la existencia individual como algo dado. La progresión de un estadio al siguiente no obedecería, por tanto, a un movimiento deliberado del espíritu. Leibniz habría dicho que nadie es causa voluntaria de su voluntad. La existencia pone a prueba al hombre, no al contrario. La imaginación de Kierkegaard habría sido capaz de orientarse con esas coordenadas y producir obras que responden al propósito singular de ilustrar cada uno de esos estadios. *In vino veritas* debe situarse, de entrada, en la serie de obras estéticas del autor, junto al memorable *Diario de un seductor*. El formato de la obra es literario, ya que en ella se propone escuchar los discursos sobre el amor de diversos personajes. Como en el célebre banquete platónico, las circunstancias en que la reunión tiene lugar, el lugar de encuentro, el nombre de los oradores, la cualidad de su razonamiento, las interrupciones, la sucesión de los argumentos, los elementos dramáticos tienen una importancia que tendemos a subestimar. Descubrir la presencia del autor entre las máscaras que adopta en la escritura resulta tan interesante en el referente antiguo como en el moderno, pero más significativa aún, a mi juicio, sería la versatilidad y vigor con que el autor ha dispuesto todos los elementos de la composición y repasado los tonos adecuados a la materia que trata, según da la palabra al Eremita o al sastre. La acción principal de *In vino veritas* depende del lugar en que ocurre, un *locus amoenus* descrito como un poco frecuentado cruce de caminos. Podría decirse que no hay un espacio que muestre con mayor claridad el tránsito de los personajes que tienen algo que decir sobre un tema tan grave como el amor. El lector ha de captar el valor de la comedia cuando se trata de exponer argumentos tan opuestos como el del primero y el último de los interlocutores. Que el hebraísta Kierkegaard fuera capaz de respetar las maneras de un diálogo de ascendencia helenista nos demuestra hasta qué punto ejercía un dominio absoluto sobre la expresión de su filosofía de la existencia. Hemos de añadir que la traducción de *In vino veritas*, como la de otras obras del autor en Alianza Editorial, se debe a Demetrio Gutiérrez Rivero, que fue, según menciona Jorge del Palacio en su introducción, el "primer estudioso de Kierkegaard en España". Al no ser el último, y más de treinta años después de la publicación en Ediciones Guadarrama de *In vino veritas*. *La repetición*, no estamos seguros de si sólo habrá que felicitarse por que nuestra deuda con su trabajo sea tan evidente en las reediciones emprendidas por varias editoriales en los últimos años.

Javier Alcoriza